

# E. MIRET MAGDA LENA

Nuestro país es el país de la inflación. El grado de inmediatismo material a que han llegado nuestras motivaciones íntimas, nos hace alcanzar un nivel de incongruencia, con lo que son los valores humanos profundos que es preocupante. Y no digamos nada del salto en el vacío que existe entre nuestras actitudes usuales y nuestro verbalismo, tintado exteriormente de fraseología cristiana.

De aquellos años de proclamación idealista de un nacional-catolicismo anacrónico y ausente de realismo, hemos pasado —como preveía hace tres siglos el cristiano Pascal— a un afán material rastrero y sin verdaderas perspectivas sociales y humanas: "qui fait l'ange fait la bête"; "el hombre no es ni ángel ni bestia, y la desdicha hace que el que quiere hacer el ángel hace la bestia". (Pensamientos. Núm. 329. Blaise Pascal.)

Todavía suenan en mis oídos aquellos pasados pasajes, difusos y sin enjundia clara, de muchos documentos eclesiósticos, sermones, homilias y ejercicios espirituales que alimentaron mi juventud. Frases hechas de aparente elevación, que nada decían a la vida cotidiana —a diferencia de los clásicos espirituales católicos y los místicos, como Eckhart o San Juan de la Cruz, llenos de vida—. Frases superficiales y alícoras que quedaban sólo como refugio de evasión de este complejo animico-corporal que somos los hombres, y del que no hemos sabido enlazar sus dos vertientes: la material y la espiritual. Desde el siglo XVI para acá ha existido en forma creciente ese dualismo de pequeño horizonte, este maniqueísmo hipócritamente puritano que escondía bajo su aparente severidad los más inconfesables egoísmos.

El resultado es el que ahora vemos: un materialismo de corto alcance y de estrecha mirada. Porque el momento inmediato material es nuestro casi único norte personal. Nuestra sociedad se ha movido por el afán de tener más de todo, de aprovechar el momento, y luego ha exclamado: "Dios dirá".

Se utilizaban frases de barniz cristiano para justificar falsamente nuestra irresponsabilidad social, llegando a este individualismo egocéntrico, más o menos disciplinado externamente, que es nuestra característica más acusada, en mi opinión.

Un pensamiento razonable, previsor socialmente y preocupado de los problemas colectivos —un espíritu social y ciudadano—, ha estado alejado por lo regular de nuestras miras. Inmediatamente antes de la subida de la gasolina se hacen cosas interminables para ahorrar 100 pesetas por la diferencia de precio, y a partir de este momento aumenta la circulación en la ciudad y en las carreteras, como si viviéramos en la ciudad alegre y confiada del consumo por el consumo. Los nuevos restaurantes apiñan a la gente, que espera pacientemente para poder tener mesa. Los cines exhiben en la Gran Vía

el cartel "No hay billetes". Se tiende a comprar el coche más vistoso, y no el más práctico, olvidando la nueva situación mundial de crisis de petróleo y la energía. Los fabricantes no saben a qué atribuir el "boom" de pedidos que reciben. En una palabra: gastamos de lo que no tenemos porque el dinero no va a valer, y lo hacemos inconsideradamente porque mañana no sabemos si podremos disfrutar de las ventajas cuantitativas de la sociedad de consumo, que puso su miel engañosa en nuestros labios y nos acostumbró neuróticamente a ello sin mirar ni a los demás ni al porvenir.

Inflación económica, por supuesto. Pero sutil inflación también en otros campos, como el religioso. No es que la religión exterior no haya bajado. Al contrario. Pero frenéticamente queremos disfrutar de su remanente de "opio" adormecedor de nuestra razón, aprovechando al máximo sus posibi-

## INFLACION DE CORTA MIRADA

lidades de egoísmo religioso salvador, sobre todo entre las generaciones maduras. Por eso ha surgido, preferentemente en los medios económicamente fuertes; o al menos en los privilegiados socialmente, un nuevo catolicismo muy poco cristiano. Pasa como en el "vudú" haitiano: bajo palabras y gestos católicos se esconde un espíritu egoísta y supersticioso. Algo parecido a lo que ocurre entre nosotros: ayer, con las procesiones, hábitos, escapularios y romerías, y hoy, con una religión de pequeña práctica espiritual egoísta, que nos hace sentirnos superiores a la masa, pero coonestando nuestra nueva y estrecha espiritualidad con el materialismo más rastrero, el de un espiritualismo sin compromiso y de entraña egoísta de aquellos pudientes y poderosos que santifican su egocentrismo así, quedándose satisfechos ante ese "público municipal y espeso" que piensan que les rodea, y del cual quieren elegantemente distinguirse.

Inflación exteriorista de "élites" para esconder la pobreza interior, de la cual somos todos más o menos deudores. Esto es lo que queda de nuestro mundo católico: un pequeño mundo de tibios y moderados, que es el que más execró la Biblia ("los vomitaré de mi boca, porque no son ni fríos ni calientes", dice el Libro Sagrado). Esta es la postura de términos medios que mejor aceptan estos neocatólicos de la espiritualidad aquilata y descomprometida, que de puro serlo se hace cursi y despreciable a todo individuo

sano. Y por si fuera poco, organizan asambleas y triunfalismos de grupo, cubriendo con palabras vacías de verdadero sentido aquello de que carecen por dentro. Y los demás —envilecidos en parte— añoramos esta tranquilidad egoísta de que dan muestra.

Por donde nos revolvemos no observamos sino inflación de cortas miras. Pequeña inflación que, paso a paso, se va haciendo trágica por el disparado egoísmo, material o espiritual, de los pocos que dominan este mundo de la materia o del espíritu. Líderes desorientados que no saben enfrentar a fondo los problemas del hombre. Padres que no saben cómo proceder ante la crisis de sus hijos. Dirigentes industriales que hoy sancionan ciegamente y mañana levantan las sanciones que no saben bien por qué pusieron, salvo para resguardar su egoísmo. Oradores melosos de esta nueva espiritualidad, que se encuentra satisfecha de sí misma en este mundo y espera ingenuamente seguir disfrutando de su egoísmo en el otro.

Fracaso, sin embargo bajo vistosos oropejes, de las grandes organizaciones, llámense las de los poderosos de la economía mundial o de las grandes Iglesias, que no van a saber qué hacer mañana con sus grandiosas estructuras, que empiezan a no saber manejar ni entienden ya a dónde van.

¿A qué viene hacer —por ejemplo— más adeptos de estas Iglesias, si en ellas reina la confusión, porque hoy dicen una cosa y mañana otra? Y las que siguen pertinazmente diciendo lo mismo no aportan nada vital que pueda interesar a los hombres conscientes de hoy y de mañana por la estrechez de sus miras, sin verdadera enjundia humana y religiosa.

La religiosidad hispana de inflación ha llevado a este callejón sin salida: en vez de tener alguna palabra que decir, o repite las mismas palabras de siempre, que no conservan ningún eco vital, o está vacilante, sin saber por dónde salir.

La religión que teníamos se nos aleja; pero, ¿habrá mañana creyentes de un nuevo "Dios a la vista", como previó nuestro Ortega? De nosotros depende, si sabemos superar la corta mirada de nuestro inflacionario país, y siempre que no caigamos en la nueva ingenuidad de tantos católicos seudoprogresistas que, envueltos de buenas intenciones, van dando palos de ciego, sin saber tampoco que en lo profundo del hombre está la clave hacia sí mismo y hacia los demás.

La clave es esa sed de absoluto que hemos perdido los creyentes, y que es necesario recuperar. Y no sólo recuperar, sino también encarnar en cosas concretas, para que la nueva religión que amanezca no sea, una vez más, un anhelo evanescente que nos conduzca a un nuevo engaño de autosatisfacción egoísta y de evasión.